

que fué un rey y como tal tuvo todos los caprichos y todas las debilidades; Rousseau, que fué un misántropo, y conoció todas las sospechas y todos los rencores propios de la misantropía! Sin embargo, ese mundo incoherente, en el que se producen á veces torbellinos de odios y de calumnias, no deja de presentar un conjunto prestigioso por la vehemencia de la pasión y el brillo y la verdad del pensamiento. De cerca era el caos, y en la perspectiva del porvenir fué una armonía superior á las mil voces concordantes en su diversidad.

Los mismos soberanos, á quienes su profesión de reyes obligaba á perseguir á librepensadores y rebeldes, estaban subyugados por la filosofía, si no personalmente, al menos en el círculo de su intimidad. Lo que Luis XV no hubiera hecho, la Pompadour le obligaba á hacerlo: tan pronto perseguía á los autores de la *Enciclopedia*, como les protegía ó les animaba en su nombre. Casi toda la aristocracia se hizo liberal y sonreía á la aurora de una sociedad mejor; parecía natural que los mismos amos se prestasen á un papel que apenas habían ensayado hasta entonces, el de «bienhechores de sus súbditos». El poder de la filosofía, en aquel medio encantador é intelectual de los salones, llegó á ser tal, que hasta los mismos príncipes afectaban ser filósofos ó creían serlo con toda candidez. A lo menos, por medio de embajadores, podían dejarse representar como tales: si circunstancias especiales, costumbres difíciles de cambiar bruscamente, inconveniencias debidas á falta de inteligencia de los funcionarios condenaban sus reformas al fracaso, no por eso dejaban de haber dado muestra de buena voluntad aparente, y después no tenían más que cargar sobre otros el mal éxito de sus proyectos. Si no llegaban á ser los «padres del pueblo», á lo menos hablaban sabiamente como si lo fueran.

Las pretensiones filosóficas no impedían á los soberanos entregarse al «noble juego de la guerra» con todas sus atroces consecuencias, ni aplicar las antiguas leyes represivas, ni proclamar otras nuevas á su capricho, ni conservar todo su cortejo de exactores, gendarmes, carceleros y verdugos, conforme con las antiguas prácticas del derecho divino. El landgrave de Hesse-Cassel, que se había erigido en preceptor de justicia y de mansedumbre en su escrito

titulado *Pensamientos diversos sobre los Príncipes*, era aquel mismo Federico de Hesse que en 1776 vendió 12,000 hombres á Inglaterra para combatir los colonos rebeldes de América, y que en 1781, hacia el fin de la guerra, tenía en reserva unos 22,000 hombres¹, muchos más que los que podía suministrar su principado de tres-



POTSDAM — PALACIO DE FEDERICO II

Cl. J. Kuhn, edit.

cientos mil habitantes. Llegó á hacerse chalán de hombres para procurarse fuera de la Hesse la cantidad de carne humana que necesitaba.

¡Y sin embargo, el pueblo cándido, esos mismos filósofos que se daban por misión estudiar el alma humana y presentir las intenciones secretas, se dejaban seducir por la ilusión de los «buenos príncipes!» Esperaban que un brazo poderoso detuviera esa revolución cuyo rumor próximo se oía ya. Evidentemente, Voltaire obedecía al imperio de esa ilusión, unida además á un pueril sentimiento de vanidad y de adulación cortesana cuando se hacía el íntimo

¹ Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, ps. 91, 92.

de Federico II, su consejero y el corrector de sus desahogos poéticos; Diderot creía también en la transformación de los pueblos por una voluntad soberana, cuando peroraba ante la emperatriz Catalina y le exponía cándidamente todos sus planes de renovación social. Los emperadores de Alemania fueron también filósofos á su manera, á la vez que escrupulosos observadores de la etiqueta, defensores del derecho divino y encarnizados adversarios de la Revolución. Por último, hasta los papas, los representantes de Dios sobre la tierra, es decir, por definición los opresores de toda libertad intelectual, acogieron con benevolencia á los filósofos y hasta se ufanaron con su amistad: á un papa dedicó Vico su obra sobre la *Scienza Nuova* con toda sinceridad, mientras que Voltaire ponía una punta de ironía inscribiendo el nombre de otro papa sobre la página de dedicatoria de su *Mahomet*. Además se vió á Clemente XIV, siguiendo el ejemplo de los reyes reformadores, disolver oficialmente la Compañía de Jesús (1773), que, mejor adaptada á la lucha que el Papado, había de subsistir, tanto más fuerte cuanto que obraría en secreto, y readaptar la Iglesia á las exigencias contemporáneas. Los acontecimientos ulteriores demostraron á cada nuevo ensayo cuán funesta era la ilusión de la cándida confianza en los «buenos tiranos»; ¡pero cuántas veces había de renovarse esa ilusión bajo otras formas, con la monarquía parlamentaria, luego con la burguesía republicana y por último con los socialistas de Estado, que se comprometieron, sucesivamente impulsados por las excitaciones populares, á realizar el ideal de la libertad y de la igualdad de los ciudadanos: esos tesoros serán conquistados, no serán dados jamás.

En su sencillez de niños, los delegados de las naciones desgraciadas ó de los Estados en formación se dirigían á los filósofos más famosos para obtener de ellos una constitución modelo. Las Carolinas, cuya carta feudal fué concedida en 1663 á algunos señores, Berkeley, Shaftesbury y otros, pidieron á Locke que les redactara una constitución que sirviera de «gran modelo» á los pueblos venideros. Ni Locke ni los señores concesionarios conocían el país ni los hombres á quienes había de aplicarse la constitución futura, la cual, naturalmente, no pudo ser experimentada jamás con plena convicción ni con buen éxito. También los Corsos y los Polacos

consultaron á Rousseau, quien les respondió por «Cartas» y «Consideraciones», que no podían menos de quedar inútiles.

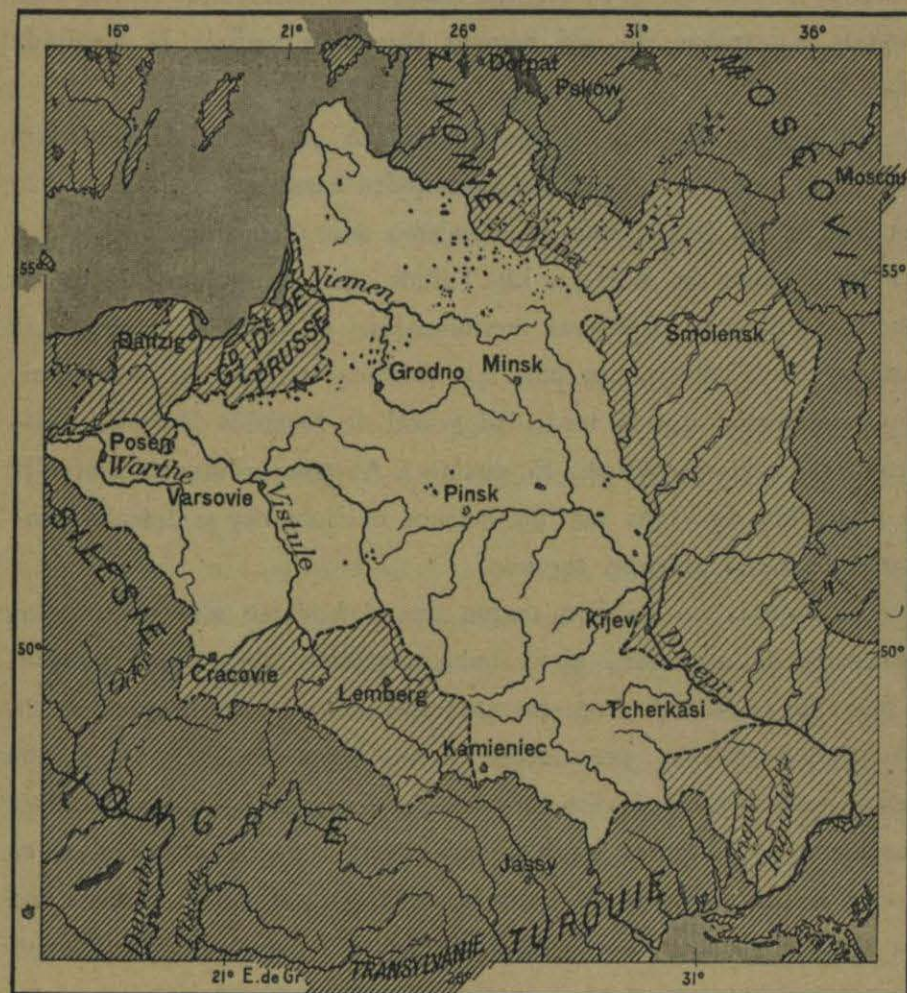
En tanto que los filósofos hablaban de la felicidad de los pueblos, los soberanos, cuyo talento esclarecido celebraban tantos cortesanos, mostraban de qué manera entendían realizar la suspirada edad de oro.

En aquella época hallábase Polonia en un estado de verdadera disolución política. Antes sus principales enemigos exteriores eran los Suecos del Norte, que en el mismo año 1656 creyeron llegar á ser los dueños del país, y los Turcos, que no habían cesado de guerrear sobre las fronteras meridionales. A aquellos enemigos se unieron otros adversarios aún más formidables, al Este los Rusos, al Oeste Prusia, que la tenacidad genial de Federico II había constituido tan poderosamente. En cuanto á Austria, no intentaba olvidar la liberación de Viena por los Polacos de Sobiesky y deseaba vengarse de aquel glorioso servicio.

Si Polonia no hubiera tenido que defenderse más que de los asaltantes del exterior, quizá hubiera podido librarse del peligro, á pesar de la falta de fronteras naturales sobre la mayor parte de su contorno geográfico; pero en el interior había de desconfiar de sus falsos defensores y de los traidores: en primer lugar podía temer sus amos y confesores jesuitas, que tenían todas las escuelas en su poder y dirigían la instrucción según el interés de su política, no en el de la nación polaca; había de temer á sus propios reyes, frecuentemente escogidos en el extranjero y que permanecían ignorantes del pueblo que habían jurado «hacer dichoso». ¿No fué uno de esos reyes, Augusto II, quien, desde el primer tercio del siglo XVIII, propuso despedazar su propio reino para satisfacer los apetitos furiosos de las potencias vecinas? A los Rusos hubiera dado la Lituania, á los Prusianos todo el bajo territorio regado por el Vístula, y Austria por su parte hubiera recibido el distrito de Szepas (Zips, Scepusia), es decir, la parte montañosa del Tatra entre Tisza y Vístula. De ese modo, desde aquella época, la suerte de Polonia quedó sellada: la política de las potencias colindantes quedó orientada en el sentido del reparto.

Se atribuye con frecuencia la disolución de Polonia á una práctica fundamental de los electores del reino, el *liberum veto*, es decir, la intervención libre de todo miembro del Congreso para anular las

N.º 419. Primer reparto de Polonia.



1: 12 500 000

0 100 400 600 Kil.

El gran ducado de Prusia quedó mucho tiempo bajo el dominio feudal de Polonia; no fué realmente independiente hasta el siglo xvii. En 1772 tomó Rusia la orilla izquierda del Dniepr, Austria se apoderó de Galicia y Prusia del bajo Vístula.

resoluciones tomadas: en una palabra, toda decisión había de ser unánime. En sí, no hay principio más equitativo que ese respeto absoluto de la voluntad de uno solo por la mayoría, y no se concibe que se le pueda violar en toda sociedad de iguales que no se abandone á la moral fácil de la razón de Estado. La regla

del *liberum veto* era también practicada en las órdenes de caballería germánica desde la época de su fundación, y no puede formarse grupo alguno de hombres adictos individual y colectivamente á una misma

N.º 420. Segundo y tercer repartos de Polonia.



1: 12 500 000

0 100 400 600 Kil.

En el segundo reparto, en 1793, Rusia ocupó la orilla derecha del Dniepr, desde la Duna á Kamieniec (Kamenets Podolsk), y Alemania se apoderó de la Poznanía.

Después de la rebelión de Kosciusko, en 1795, Curlandia y Polonia oriental pasaron á poder de Rusia, la pequeña Polonia al Austria y el resto á Prusia.

Las fronteras de los reinos coparticipantes en el reparto se modificaron en favor de Rusia en el congreso de Viena (1815).

causa sin que se admita implícitamente una regla idéntica. Mas en el caso especial de Polonia, precisamente porque esa ley del «veto libre» era incesantemente violada, la nación, violentada y destrozada

en todos sentidos por las ambiciones de las grandes familias, cayó en una desorganización completa. Además de las dinastías extranjeras, como las casas de Sajonia y de Condé, los grandes señores y propietarios de las tierras de Polonia, los Czartorysky, los Poniatowsky, los Leszczyński, solían colocarse sobre todos los votos y todas las libertades, comprando los congresos ó reemplazándolos por la fuerza de los ejércitos prestados por alguna potencia vecina. Así fué que el rey de Polonia bajo cuyo reinado se cumplió el primer reparto en 1772, Estanislao Augusto, uno de los antiguos amantes de la emperatriz llamada la «gran Catalina», no era más que un cómplice de Rusia, y bajo su gobierno, el general Repnin, nombrado por la zarina, fué el verdadero amo.

Al final fué inútil el fingimiento, y las tres potencias limítrofes de Polonia procedieron tranquilamente á la obra de despedazar el país, que nada característico defendía, ni rasgo del suelo ni diferenciación bien clara de sus habitantes. Austria tuvo el trozo mayor: además de las montañas de Szepas, tomadas en garantía hacía ya dos años, se adjudicó las extensas llanuras de Galicia y de Lodomeria, países eslavos recortados á despecho de la homogeneidad de las razas, con que no se contaba en aquella época como se pretendería hacerlo hoy. Prusia hizo más que redondear sus posesiones, reunió sus provincias orientales y las del Brandeburgo, que eran la cuna de la monarquía: se pudo comenzar á hablar de unidad política á propósito de un Estado compuesto de varios fragmentos que gravitaban alrededor de centros muy lejanos unos de otros. Rusia, cuyas dimensiones eran ya enormes, aumentó menos en proporción, aunque dos millones de súbditos nuevos, Lituanos en su mayor parte, hubiesen sido transferidos al gobierno de la zarina. En total, lo que quedaba de Polonia perdió más de cinco millones de habitantes; sin embargo, el Estado, reducido sin batalla á más de la mitad de su extensión, no quiso tocar á la jerarquía de clases hostiles, nobleza, burguesía, pueblo, que había conducido á la fatal disgregación del reino: quedó la desunión sobre todos los asuntos de orden interior, y sólo se estuvo de acuerdo en apariencia para aprobar, por una decisión formal de la Dieta, la terrible amputación que las tres potencias habían hecho sufrir al país. ¡Tanta bajeza y cobardía

pudo formularse en lenguaje elegante en las asambleas deliberantes!

En aquella época Rusia era ya bastante poderosa para obrar á la vez sobre sus fronteras occidentales del lado de Polonia, y al mediodía del lado de Turquía. En 1771 los Rusos forzaron los atrincheramientos de Perekop, en la raíz de la Crimea, y se habían apoderado de la gran fortaleza natural formada por la península. La flota rusa, partiendo del Báltico, llevó su atrevimiento á rodear Europa para combatir á los Turcos. Los barcos de Catalina penetraron en el Archipiélago, tratando de insurreccionar los cristianos de la Morea y de las islas; se llegó hasta á intentar una desviación en Egipto, pero tales esfuerzos eran prematuros, y Turquía no perdió durante esa guerra la menor parte de su dominio mediterráneo, aunque su flota fué destruída en la bahía de Tcheshmé, entre la isla de Chios y el continente de Asia.

Al mismo tiempo la lucha se prolongaba en las regiones danubianas con éxitos diversos. Cuando aquel acto del gran drama varias veces secular terminó en 1774 por el tratado de Kutchuk Kainardji, cerca de Silistria, Rusia había adquirido ya una posición mucho más fuerte en el juego de la conquista: se había asegurado la posesión de todo el litoral del norte del mar Negro, incluso Crimea, donde indirectamente ejercía el poder; había llegado también á ser potencia protectora de la Moldavia y de la Valaquia, al norte del Danubio, y su derecho de libre navegación sobre el mar Negro, el mar de Mármara y los estrechos había sido definitivamente reconocido por la Sublime Puerta. Era evidente, sin embargo, que ese tratado, en la intención de sus autores, no pasaba de un convenio puramente dilatorio, á causa de que los Turcos mahometanos no podían abandonar la idea de la guerra santa contra los cristianos, y Catalina II sufría continuamente la obsesión de la conquista. Indudablemente el espejismo de Constantinopla ó Tsargrad, denominada la «Ciudad de los Tzars», flotaba ante los ojos de los soberanos del Norte, perdidos en su país de hielos y de nieve. Entonces fué cuando se imaginó la existencia de un «testamento de Pedro el Grande», ordenando á sus sucesores la conquista del Bósforo, y desde aquella época el nombre de «Constantino» entró en el repertorio familiar de la dinastía rusa, como para reunir las edades y hacer del imperio moderno de los czares la continuación legítima de la antigua Bizancio.

La «cuestión de Oriente», no resuelta todavía un siglo después de Catalina, hubiera podido anticiparse algunos años si la guerra no hubiera sido dirigida de la manera más desordenada por favoritos mucho más hábiles para hacer la corte que para mandar ejércitos. Aparte de que, hasta en el interior de Rusia, que de lejos parecía un conjunto homogéneo, también existía el caos entre las razas yuxtapuestas.

Un ejemplo admirable de ese desorden étnico es el presentado por la huida de los Kalmukos Tourgot, acampados desde el principio del siglo al norte del Caspio. Esos Kalmukos, que fueron expulsados de su territorio por un conquistador mongol y á quienes Rusia había dado en sus estepas orientales una hospitalidad que no tardó en transformarse en dura opresión, echaban de menos el país de sus antepasados, que les describían las narraciones de los supervivientes y que fué después embellecido por la leyenda. Los cobradores de contribuciones y los reclutadores de soldados les tomaban los mejores animales de sus rebaños y los jóvenes más fuertes de sus familias: la existencia se hacía intolerable en aquella tierra del extranjero.

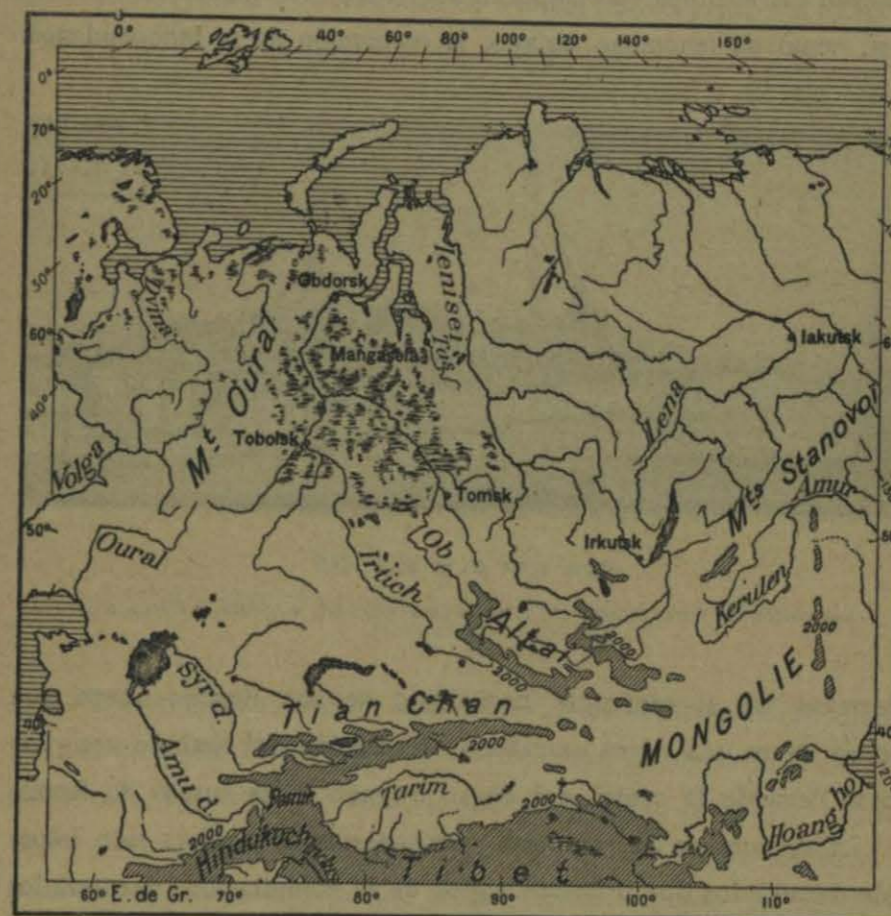
En un día del año 1763 se verificó el gran trastorno de la nación: ciento sesenta mil individuos, hombres, mujeres y niños, tomaron el camino del Asia central, y, perdiéndose en seguida en unas soledades todavía desconocidas de los Rusos, se libraron de toda persecución. En ocho meses, después de un lento viaje, de pasto en pasto, á través de las llanuras entre Siberia y Turkestán, hallaron unas tribus kirghises que les impidieron el paso al país de Ili, entre las estribaciones principales del Tian-chañ y los montes septentrionales. El combate, el movimiento de retirada y el penoso rodeo del territorio enemigo á través de los montes Altai, escarpados, cubiertos de nieve, casi desiertos, y la falta de pastos para los rebaños costaron al pueblo en marcha más de la mitad de su efectivo; setenta mil Kalmukos solamente llegaron á la Tierra de las Hierbas, dependiente del imperio chino, donde el emperador ordenó acogerles.

El espacio evacuado en Rusia por los Kalmukos fué invadido, como lo haría un remolino de aguas desbordadas, por fugitivos de razas diversas, en medio de los cuales un atrevido rebelde, Pougatchev, reclutó á miles los descontentos Raskolnikis, escapados de

la servidumbre, Bachkires, Turcos y Tártaros, con los cuales tuvo en jaque durante dos años á las fuerzas del Imperio.

Europa, es decir, el conjunto de civilización procedente del mundo mediterráneo y continuado por los invasores bárbaros, al mismo

N.º 421. Teatro del Exodo de los Kalmukos.



1: 50 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

tiempo que influía poco á poco sobre los Turcos, los Uralianos y otros pueblos de Asia, comenzaba á anexionarse el Nuevo Mundo á través del Atlántico.

En el espacio de tres siglos, las comunidades de blancos europeos, establecidos en los dos continentes occidentales, habían ganado bastante en fuerza y en iniciativa nacional para sentirse capaces de conquistar su propia vida autónoma sin otro lazo con las metrópolis

respectivas que el intercambio de las ideas y de las mercancías. La primera gran escisión de esta naturaleza, análoga al fenómeno de fisiparidad que puede observarse en el mundo animal, es la que se efectuó con la constitución de los Estados Unidos de la América del Norte. Esa emancipación política fué un acontecimiento capital en la historia de la humanidad, sobre todo por la interpretación que le dieron los filósofos contemporáneos. Pero considerada únicamente en sí, como un fenómeno aislado, la revolución de la Independencia



NUEVA YORK EN EL SIGLO XVII

Las diferentes letras indican el fuerte, la casa comunal, la iglesia, la horca, etc.

americana fué el admirable nacimiento de una Europa nueva que florecía sobre una tierra extranjera, realización del símbolo antiguo: Eneas llevando la ceniza del hogar troyano á los surcos de Roma.

La ruptura de las colonias norteamericanas hubiera sido imposible durante los dos primeros siglos de la colonización, mientras los grupos de emigrantes desembarcados sobre el litoral atlántico del Nuevo Mundo, entre Nueva Escocia y la península de la Florida, permanecían en su aislamiento primitivo: perteneciendo á clases, á religiones y hasta á nacionalidades diferentes, los diversos enjambres de blancos que se sucedían sobre aquella larga costa de 1,500 kilómetros, sin contar las irregularidades de la orilla, entraban difícilmente en relaciones unos con otros y apenas podían borrar las preocupaciones y las prevenciones hereditarias que les tenían separados ni comprender la comunidad de intereses que les creaba un nuevo medio. Antes de pensar en una rebelión común era preciso

que los Puritanos de Nueva Inglaterra se reconocieran solidarios de los colonos de Nueva York, entre los cuales el elemento neerlandés se hallaba aún en gran mayoría; necesitaban además haberse asimilado más ó menos los Suecos del Delaware y los hugonotes de las dos Carolinas; y no sólo esto, sino que habían de olvidar el odio religioso que les hacía mirar con una especie de horror á los católicos del Maryland, los cuáqueros de Pennsylvania y los «caballeros» con pretensiones aristocráticas de la Virginia.



NUEVA YORK EN EL SIGLO XVII

Sobre esa misma tierra, la punta de Manhattan, se elevan actualmente casas de veinticinco pisos.

Durante mucho tiempo, cada una de las colonias, contrastando mutuamente por el origen y por la historia, permaneció en la dependencia directa de la Gran Bretaña, de donde recibía el impulso vital, y de la cual, en muchas circunstancias, esperaba socorros en hombres y en dinero, debido á que los emigrantes británicos no habían ido á establecerse sobre un territorio desocupado, y que casi siempre habían tratado como enemigos á los indígenas. Á excepción de William Penn, que supo obrar como hombre justo y verdaderamente noble respecto de los Indios, los demás fundadores de colonias se condujeron contra las tribus con la brutalidad ordinaria de los conquistadores. En toda la extensión de la frontera, en las montañas, los bosques, los pantanos, no cesaba la guerra de exterminio. Al Norte, los hijos de los puritanos trabajaban por la destrucción de los Albenakis, Narraganvatts, Pequods, Mohicanos y otros pertenecientes á la gran raza de los Algonquinos; más al Sud,

en el Estado actual de Nueva York, los Ingleses se hallaban en contacto con las Cinco naciones de los Iroqueses, de quienes se constituyeron en vanguardia contra la tribu congénere de los Hurones; los colonos de Pennsylvania luchaban con Indios menos belicosos, los Lenni-Lenap, mientras que los Virginios guerreaban encarnizadamente contra los Powhattans y otros clanes de la misma familia. En cuanto á las colonias meridionales de los blancos, sólo se extendían en el interior apoderándose de los territorios que habían habitado los Tcherokis (Cherokee), los Cris (Creek, Muskoghi) y otras tribus de menor importancia en el grupo de los Apalaches. En casi todos los combates las armas de fuego triunfaron sobre las flechas, y, durante las treguas, el aguardiente continuó la obra destructora que habían comenzado las balas; sin embargo, ocurrió con frecuencia que los invasores corrieron el riesgo de ser rechazados hacia el Océano por una reacción ofensiva de los Indios, y que para evitar justas represalias, hubieron de recurrir á los soldados de la madre patria.

En la segunda mitad del siglo XVIII, los colonos, en número de cerca de dos millones de individuos, habían llegado á ser bastante poderosos para no temer las guerras con los Indios; por otra parte, se habían desembarazado al Norte y al Oeste de una vecindad molesta por la sumisión del Canadá á las armas británicas. Conscientes de su fuerza y unidos en un principio de nación que tomaba un carácter cada vez más homogéneo, sufrían con creciente impaciencia la intervención superior del gobierno metropolitano representado por sus gobernadores, sus generales, sus cobradores de contribuciones, todos gente de ultramar en quienes sólo se veía extranjeros. Poco á poco los ingleses de América se dirigían á la idea de autonomía, y los actos de indisciplina se cambiaban en rebelión verdadera. El ministerio británico, muy vacilante en su política, pasaba de la insolencia á la debilidad y del miedo á la arrogancia en la represión del contrabando y en la fijación de los derechos de timbre y de los impuestos aduaneros, y esas mismas vacilaciones constituían otras tantas excitaciones en pro de las reivindicaciones coloniales.

El primer acto de rebeldía tuvo lugar en el puerto de Boston, al final del año 1773, cuando unos cincuenta ciudadanos, dis-

frazados de Pieles Rojas, se apoderaron de un barco inglés cargado de té y arrojaron al mar toda la carga. Sin embargo, transcurrió más de un año sin que los crecientes odios llegasen á convertirse en conflicto sangriento, y esto á consecuencia del desprecio en que se tenían aquellas le-

janas colonias, en las cuales la principal era calificada en los documentos oficiales de Isla de Nueva Inglaterra¹. El ataque por los Ingleses del pequeño arsenal de Lexington, en Massachusetts, fué la señal de la guerra. Un mes después, la defensa de Bunkers'hill, débil elevación próxima á Boston, determinaba las tropas británicas á evacuar aquella ciudad, y el mismo día del combate, el congreso de los representantes coloniales residente en Filadelfia



Cl. J. Kuhn, edit.

BOSTON, FANEUIL-HALL

Centro de la resistencia americana.

elegía un general en jefe para dirigir la resistencia armada contra los Ingleses, considerados en lo sucesivo como enemigos.

Jorge Washington, el oficial militar que, por su nombramiento, llegó á ser, como ciudadano y jefe de Estado, el personaje representativo de la nueva federación política, fué nombrado, no solamente en razón de su experiencia de la guerra — había tomado parte en las campañas contra los Indios y contra los Franceses —, sino prin-

¹ E. Boutmy, *Eléments d'une psychologie politique du peuple américain*, p. 130.

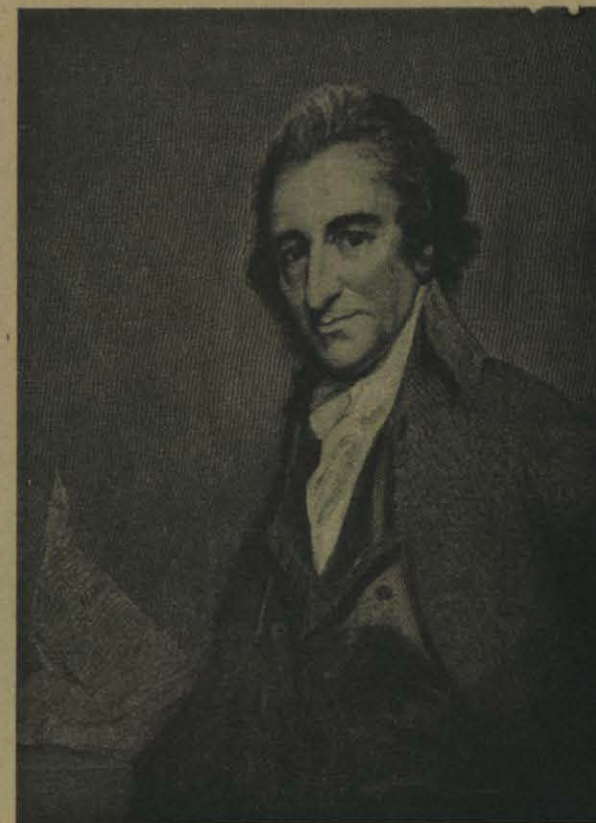
principalmente á causa de su posición eminente entre los grandes propietarios virginios. Aristócrata por su fortuna, sus territorios y sus esclavos, ofrecía á los Americanos un ejemplo de prudencia y de respeto escrupuloso á las leyes establecidas. Si fué un rebelde, lo fué á su pesar obligado por la fuerza irresistible de los acontecimientos.

Aunque rebelándose, la mayor parte de los revolucionarios americanos no trataban de conquistar la independencia política absoluta. Habían comenzado por llamarse «súbditos leales» á la vez que expresaban su descontento, y se imaginaban que si en alto lugar se hubieran atendido sus demandas, el lazo nacional de fidelidad se habría estrechado aún más en ellos por la gratitud. Los Ingleses de ultramar se sentían tan orgullosos como los de la madre patria de pertenecer á la nación conquistadora que en aquel mismo siglo había celebrado tantos triunfos en las dos mitades del mundo, lo mismo sobre las orillas del Ganges, que sobre las del San Lorenzo. Además causaban la admiración de Voltaire, de Montesquieu, y la de casi todos los pensadores sus contemporáneos por aquella «gloriosa» constitución parlamentaria, que se consideraba como formando un admirable mecanismo de compensación entre todos los elementos de la nación, realeza, nobleza, burguesía, elementos entre los cuales se había olvidado clasificar la masa del pueblo que trabaja y sin la cual reyes, nobles y burgueses morirían de inanición. Por último, todos los que eran cristianos, ó se creían tales — que eran la inmensa mayoría en las colonias británicas, y especialmente entre los Bostonianos, los más empeñados en la lucha —, se hallaban en gran confusión para conciliar sus escrúpulos de conciencia con la reivindicación de sus intereses. No hay duda que podían leer y releer el famoso episodio ¹ que refiere cómo el profeta y juez de Israel desaconsejaba á los Judíos que tomaran rey, inútil por lo demás; pero á ese curioso pasaje, que atestigua la rivalidad constante de los dos poderes, teocrático y monárquico, ¿cuántas otras citas de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento, podían oponer para convencerse del deber de obediencia hacia los soberanos y todos aquellos que empuñan el cuchillo, símbolo de la voluntad divina?

¹ *Samuel*, cap. VIII.

La idea, el deseo, la voluntad de hacerse independientes vinieron tarde y gradualmente á los Americanos rebeldes; la guerra duraba un año cuando los cuerpos constituidos de la mayor parte de las colonias hablaban todavía de su fidelidad al rey y recomendaban al

generalísimo que procurara un arreglo con la madre patria como el «voto más querido de todo corazón americano». En Mayo de 1775 Nueva York conservaba todavía la esperanza de conservar la unión con la metrópoli y hasta hizo una tentativa aislada para llegar al acuerdo. Uno de los delegados de Georgia en el congreso de 1775 declaraba que en su provincia toda proposición de proclamar la separación sería inmediatamente castigada con la muerte



Gabinete de las Estampas.

THOMAS PAINE, 1737-1809

según el cuadro de Romney.

por la multitud irritada ¹; por su parte, Washington exclamaba: «¡Si alguna vez me hallarais dispuesto á reivindicar la separación con la Gran Bretaña, consideradme dispuesto á todas las infamias!»

Del exterior, de la misma Inglaterra llegaron las excitaciones á la independencia. El admirable Tom Paine, á quien se halla después participando en la revolución francesa como miembro de la Convención, tomó más parte que nadie en la revolución americana, y por su libro *Common Sense* determinó á miles de vacilantes á de-

¹ Boutmy, obra citada, p. 131.